

Anécdotas de profesores

Anécdotas de profesores

CARLOS G. COSTOYA

Styria

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

© 2010, Carlos G. Costoya

© 2010, Styria de Ediciones y Publicaciones S. L.
Muntaner, 374 – 08006 Barcelona
www.styria.es

Primera edición: enero 2010

LA FOTOCOPIA MATA AL LIBRO

Diseño de cubierta: Cristina Payà

Maquetación: Cristina Payà (www.ipstudio.es)

ISBN: 978-84-92520-03-9

Depósito Legal: Z-4554-2009

Impreso y encuadernado por Ino Reproducciones S.L.

Impreso en España – *Printed in Spain*

Índice

Introducción	9
1. La vocación del maestro.	15
2. El valor del esfuerzo: ¿Adolescentes sin límites?	21
3. Los problemas relacionados con los padres: ¿Quién ejerce la autoridad con los hijos?	27
4. <i>Mobbing</i> en la escuela	41
5. El fracaso de la escuela permisiva	45
6. Una nueva realidad: los inmigrantes en las aulas	51
7. Antología del disparate en los libros de texto: ¿Qué historia enseñamos los profesores?	57
8. Lenguaje de los móviles: adiós a la ortografía	61
9. Los métodos para copiar	65

Antología del Disparate Nacional

Lengua española	75
Literatura española	89
Latín	103
Religión.	107
Historia	121
Historia moderna	151

ÍNDICE

España.	165
Historia contemporánea.	177
Historia contemporánea de España	201
España en el siglo XIX	209
España en el siglo XX.	221
Medio Natural y Social	239

Introducción

La necesaria introducción que requiere cada libro, en este caso pretende ser breve porque la voz corresponde a los verdaderos protagonistas de la obra, los profesores. Para explicar y acercar su trabajo —siempre vocacional— se ha dividido el libro en dos partes. En la primera toman la palabra maestros y profesores de diversas zonas de la Península, de escuelas públicas y privadas, de primaria y de secundaria. La mayoría manifiesta un gran amor por su profesión, pero también un desencanto por el estado en el que se encuentra hoy en día la educación en España.

En este libro pretendemos plantear numerosas cuestiones de actualidad que afectan a miles de profesores y a millones de padres de nuestro país, corresponsables de la educación de sus hijos. Desde hace varios años se viene denunciando que el sistema educativo español tiene las bases del siglo XIX pero que los alumnos son jóvenes del siglo XXI, y si esa brecha no cambia, difícilmente la sociedad española evolucionará al ritmo de los países de nuestro entorno.

El principal problema que se denuncia, aparte de la mala educación de los jóvenes, es el de la autoridad del profesor y los constantes cambios en las leyes educativas. A lo largo de las entrevistas que he mantenido con profesores de toda España hay un dato claro: No es que el profesorado haya perdido la autoridad, lo que sucede es que hace unos años la autoridad era una cuestión que nadie ponía en duda y hoy, por la evolución social o porque los jóvenes tienen otros valores y una manera diferente de entender

la vida, el profesorado tiene que ganarse esa autoridad día a día porque el alumnado no está dispuesto a aceptarla como algo sobrevenido.

El libro también plantea la cuestión de la violencia en las aulas, la situación de los profesores «quemados» por sus infructuosas experiencias, el desfase de numerosas asignaturas en el programa escolar, la ausencia de formación pedagógica para lograr dirigir una clase, la carencia de elementos que faciliten la docencia, la falta de motivación, los cambios que ha supuesto la presencia de niños y jóvenes de otras culturas y razas en nuestro sistema educativo...

Poco antes de cerrar este libro llegaba la noticia de que en el 2010, fecha de la publicación de *Anécdotas de profesores*, España no habrá alcanzado ninguno de los objetivos que la UE había fijado para nuestro país en materia de Educación y Formación debido, y no sólo eso, a que todos los indicadores principales muestran un grave empeoramiento. Estos indicadores marcan la tasa de abandono escolar, el nivel de las competencias básicas de los estudiantes, el número de jóvenes que complementan la enseñanza secundaria superior o la participación en la formación continua. Como España no cumple ninguno de estos criterios, el futuro de las generaciones venideras está hipotecado. ¿De quién es la responsabilidad? Una buena pregunta para un amplio debate.



La segunda parte, tal vez la más atractiva para el público en general, recoge una antología de disparates de estudiantes en exámenes y trabajos de redacción, tanto de escuelas públicas como de privadas. Me he circunscrito principalmente a las materias de Latín, Religión, Historia de España y del Mundo, Literatura y, ante la imposibilidad de crear un diccionario temático, me he obligado a seleccionar aquellas que me parecían más paradigmáticas, surrealistas o divertidas. Muchas se han quedado en el tintero.

Durante la preparación de este libro me ha parecido simpático que muchos profesores tienen carpetas o fichas catalogadas con los dislates protagonizados por sus alumnos, tanto en exámenes escritos como orales. Alguno de los profesores entrevistados, con varias décadas de profesión a sus espaldas, conservan verdaderas joyas de la antología del disparate.

Todos los maestros coinciden en que, salvo alguna excepción, las barbaridades que escriben los alumnos se deben a sus nervios, a las prisas, a no releer su respuesta con detenimiento al terminar el examen y, lo más preocupante, muchos jóvenes no comprenden lo que leen, de ahí que al memorizar el texto del examen imaginan lo que no es. Un informe de la UE señala que la proporción de alumnos de 15 años con un insuficiente nivel de comprensión lectora supera en España el 25%, cuando este nivel debería reducirse al 17%. Lo dramático es que las cifras hacen referencia al periodo 2000-2008.

Un ejemplo de este grave problema es la respuesta presentada por un profesor. En cierto examen de Historia se les pidió a los alumnos que comentasen los motivos que llevaron a Lutero a iniciar la Reforma. Uno de ellos, escribió: «El principal motivo de Lutero para enfrentarse al Papa de Roma fue que no se quiso hacer una fotografía con sus tesis». Esta respuesta, y tres más de similares características, provocaron el lógico suspenso del alumno. Éste, indignado, acudió al despacho del profesor de Historia para reclamar. Iba con el libro en la mano, dispuesto a demostrar que la corrección del examen había sido injusta. Profesor y alumno abrieron el tema que trababa de la Reforma Protestante y el joven le demostró al maestro que había cometido una injusticia con él: «Mire, aquí lo indica clarísimamente: “Lutero no se quiso retractar de sus tesis contra la Iglesia Católica”». Ni se inmutó cuando el profesor le corrigió para recordarle que la palabra *retractarse* no es lo mismo que *retratarse*.

Otro alumno que había sido suspendido se dirigió al despacho del profesor y éste le indicó que la baja nota se debía a que la redacción era muy confusa. El joven replicó queriendo utilizar palabras altisonantes: «Vendré a discutirlo con mis padres, porque una cosa es que me suspenda por mi mal expresamiento y otra es que las ideas no estén bien prescritas. Si las ideas están bien prescritas debería ponerme al menos un cinco».

El problema de la memorización es evidente entre los estudiantes que hoy pueblan las aulas españolas, especialmente en lo que a Historia se refiere. Memorizan, pero no hacen el esfuerzo de entender lo que leen. Además, como su vocabulario es menor al de generaciones anteriores surgen situaciones cómicas. Añadamos a los desvaríos históricos los cambios de nombres a determinados cuadros u obras literarias como *El éxtasis de Santa*

Teresa de Bernini que pasa a convertirse en *La elipsis de Santa Teresa*; *La joven de la perla*, de Johannes Vermeer que pasa a ser *La joven que se peina*, de *Johann Vermar*; o las célebres *Las Meninas*, que cambian a *Las Medinas*, *Las Mininas* o *Las Merinas*, por no hablar de *El jardín de las delicias* de El Bosco, que para muchos es *El jardín delicioso* o *El jardín de las delicadas* de El Buscón.

Sorprendentes son también las definiciones a preguntas concretas: «Apolo: Dios de los helados y los refrescos», «Atlas: El dios que iba guiando a los otros dioses por el mundo porque en aquella época no se habían inventado todavía los mapas», «Diosa Cibeles: La plaza de Madrid donde el Real Madrid celebra cuando gana la Liga y la Champions», «Indica qué hechos sucedieron el 2 de mayo. Respuesta: ¿Podría aclarar al menos el año?», «Microcosmos: Un cosmos pero como diminuto», «Comenta la obra de J. S. Bach: Compuso muchas obras y entremedio tuvo muchos hermanos porque como padre tuvo muchos hijos que tocaban sus obras», «Calvinismo: Movimiento que surge de un señor calvo», «Definición de polígono: El hombre que vive con muchas mujeres en su casa», «Rumiante: Animal peligroso que ruge, por ejemplo: el león macho», «Partes de la célula: cé-lu-la», «Oración reflexiva: La que refleja un sentimiento de cualquier tipo», «¿Cuál es la particularidad del río Guadiana?: Que además de ser muy largo es un río invisible», «Define la hipotenusa: Es el punto que se encuentra justo entre dos paletos», «Indica los organismos internacionales fundados tras la Segunda Guerra Mundial: Existen varios en países diferentes como USA, URSS, Cruz Roja, TVE, FALO, la OJDE, la ONU, los Boyes Escauts y la OTAN» o «Silvicultura: Cultivar árboles en los bosques pero en cautividad».

Otro comentario muy extendido entre los profesores es el alto número de faltas de ortografía y de sintaxis que cometen los alumnos. En algunas redacciones de dos o tres páginas hay profesores que han llegado a encontrar hasta 20 ó 30 faltas. Eso es más flagrante en los exámenes de selectividad [Haora, por ahora; becino por vecino; había por había; vrebbe por breve; vamos a haber por vamos a ver; tubo por tuvo (pasado de tener); px por porque; gudío por judío; o relles por reyes]. Sorprende tal cantidad de erratas porque se trata de alumnos que van a acceder a la Universidad. Muchos estudiantes, además, omiten por completo las mayúsculas y ni

siquiera respetan las puntuaciones. Parece que para algunos jóvenes no existen ni las comas, ni los puntos, ni las mayúsculas, ni ningún criterio ortográfico. Como ejemplo, esta redacción: «La reconquista española se terminó cuando los reyes católicos tomaron la ciudad de granada en 1492 que supuso también la expulsión de todos los musulmanes y los judíos de españa que hizo que hubiese una gran crisis económica y también que muchos musulmanes tuvieran que convertirse al cristianismo llamándoles desde entonces moriscos y se les daba la oportunidad de si no querían ser católicos pues podían irse lejos de españa como por ejemplo áfrica».



Antes de concluir, desde estas páginas quiero agradecer su colaboración a todas aquellas personas que han contribuido desinteresadamente a que este libro vea la luz. En todos los casos he decidido poner tan sólo el nombre de la persona que ha colaborado para evitar posibles represalias por parte de alumnos, de padres o de la dirección de algún centro. Este comentario puede parecer sorprendente pero la profesión de maestro es, en ocasiones en España, una profesión de alto riesgo. Con la lectura de la primera parte del libro se entenderá lo que quieren decir estas palabras.

Y ahora, disfruten de la lectura de *Anécdotas de profesores*. Yo lo hecho con su escritura.

A Coruña
Diciembre de 2009

La vocación del maestro

María Pilar (Barcelona)

Ha sido durante más de cuarenta años profesora de primaria y secundaria en varios institutos de la ciudad condal. Se jubiló hace un año y tiene un grato recuerdo de su trabajo como maestra. Añora las horas de clase, la complicidad con sus alumnos, la relación con el claustro de profesores, el ambiente del colegio. La carrera de maestro marcó su vida.

Desde muy joven me planteé mi vocación de maestra. Mi madre y mi abuela ya habían ejercido como maestras y los valores que encierra esta profesión me marcaron desde la infancia. Mi camino estaba muy claro. Por otro lado tuve grandes profesores en la escuela y eso también dejó en mí una huella profunda de respeto por la docencia. El auténtico maestro es aquel que sabe transmitir con cariño los conocimientos que posee. Pero eso exige esfuerzo, reciclarse constantemente, seguir aprendiendo y amar lo que estás haciendo. Un maestro que esté bien preparado ayudará a progresar al alumno porque el fin último de la enseñanza es abrir la mente, iluminar la conciencia y preparar para la vida. Y para eso necesita de la colaboración de los padres.

Se dice que hoy no existen los profesores vocacionales. No comparto esta teoría. La mayoría de las personas que conozco que se dedican a la enseñanza lo hacen por vocación, son personas íntegras en su profesión, respetan y aprecian el trabajo que realizan y se cultivan para seguir progresando como personas y como docentes. Es verdad que la situación en las escuelas ha cambiado, que los alumnos respetan menos la autoridad

del maestro y que el sistema es demasiado permisivo con la actitud de los chicos y con la exigencia, pero percibo que el espíritu de los maestros sigue siendo muy positivo.

Ya he dicho que soy maestra por vocación, y esa vocación la entiendo como un servicio a la sociedad. Siempre he sentido que mis alumnos eran personas a las que les debía todo y consideraba mi deber enseñarles a crecer, a desarrollarse como personas, a hacerles partícipes de lo máspreciado que tiene la sociedad, el respeto a uno mismo y a los demás.

Muchos pensarán que estoy hablando de una realidad utópica. Tal vez sea así. Pero sin un espíritu dialogante, sincero, entregado, entusiasta, generoso y exigente no se puede llegar a ser un buen maestro. Quiero a mis antiguos alumnos y creo que ellos sienten un gran cariño por mí. Y esto me llena plenamente.

He tenido empatía con ellos. Recuerdo un día de San Valentín, cuando todos los chicos del curso me regalaron un ramo de rosas. Ellas, por su parte, un libro de poemas de amor. Fue muy emocionante.

Emiliano (La Rioja)

Profesor de secundaria en La Rioja. Lleva más de treinta años ejerciendo la profesión. Considera que la sociedad avanza demasiado deprisa y que los retos de la educación en el milenio presente exige profesores vocacionales, especializados y actualizados con capacidad para transmitir a sus alumnos valores humanos y educativos sólidos. El futuro de una sociedad, dice, está en la familia y en un sistema educativo de calidad.

El término *profesor* proviene de la voz *profesar*, que significa ejercer o enseñar una ciencia, un arte o un oficio además de ejercer con inclinación voluntaria y continua. El profesor es la persona que ejerce o enseña una ciencia o arte. Creo que algo tan importante y con tanta responsabilidad debe hacerse de manera vocacional porque en esencia el trabajo docente es enseñar para la vida, instruir para que el día de mañana la sociedad tenga hombres rectos, formados y responsables.

Hasta la edad adulta los jóvenes pasan por la escuela donde los maestros y profesores somos los primeros traductores del mundo, de su realidad y de sus fenómenos. En primaria somos los que avivamos el interés por la Ciencia, la Historia, la Literatura, las Matemáticas o el Arte. En secundaria ayudamos a afrontar los retos de la adolescencia, nos invo-

lucramos en sus problemas y tratamos de imponer una disciplina. En bachillerato preparamos a nuestros alumnos para el paso decisivo de la universidad y en su participación en relación con su comunidad. Es el momento de ayudarles a escoger su futuro, a que descubran su vocación por sus propios medios, a convertirse en personas de provecho para la sociedad.

Por eso nuestra labor es tan importante. La imagen que los docentes proyectemos sobre nuestros alumnos influirá decisivamente en sus vidas. Tenemos que saber motivarles, entusiasmarles, convencerles año a año de la importancia de la cultura del esfuerzo, del estudio, del compañerismo, de la educación, del respeto por las normas establecidas. Ayudarles a sacar el mejor partido de sus virtudes y ayudarles a limar sus defectos y sus limitaciones.

Pero todo esto sólo podemos lograrlo con el decisivo papel de los padres de quienes somos un complemento, un apéndice en la escuela.

Es verdad que hoy en día es cada vez más difícil impartir clases porque la juventud está perdiendo el norte mediatizada por los medios de comunicación y por un entorno amoral y decadente. Y aunque la sociedad esté cambiando los valores deben permanecer siempre. Hemos de tratar de inculcar a los jóvenes unos valores y unos principios firmes, sólidos y duraderos porque una sociedad sin valores es una sociedad muerta y sin futuro.

Belén (Madrid)

Ejerce en una escuela privada en la que se comparte clase con niños con Síndrome de Down.

Una de mis mayores alegrías como maestra ha sido integrar a niños con ciertas deficiencias. En las aulas donde he impartido clases he tenido alguna vez algún niño con síndrome de Down. Ayudarle a crecer como persona, darle apoyo educativo, preocuparse por su evolución, ha supuesto para mí una satisfacción enorme. La mayoría de los niños con este síndrome, o con otros que inciden en su desarrollo intelectual o psicomotriz, se benefician del tiempo que pasan en la escuela si reciben un buen apoyo educativo ajustado a sus verdaderas necesi-

dades. Exige esfuerzo, trabajo, dedicación y un gran coste personal, no sólo del maestro sino del niño y sus familias. Pero ese esfuerzo es tan gratificante que cuando me encuentro con algún antiguo alumno y veo donde está ahora pienso: ¿Qué hubiese sucedido si hubiésemos aceptado sus limitaciones para el aprendizaje, para la adaptación, para relacionarse y no le hubiésemos dado la oportunidad de mejorar como persona?

Mi gran satisfacción ha sido que se hayan integrado completamente en las aulas. Su mirada de alegría cuando empezaban a leer, a escribir, a pintar... de vivir de manera casi independiente ha supuesto para mí una de las grandes gratificaciones de mi carrera profesional.

Maribel (Sevilla)

Es profesora de un colegio privado de Sevilla. Dice que ser profesor en España en la actualidad se puede considerar un arte. Es una gran aficionada a la obra de Miguel de Unamuno y siempre les recuerda a sus alumnos aquello de que «era su vida pensar y sentir y hacer pensar y sentir».

Me siento satisfecha de mi trabajo. Sé que no está bien retribuido, que exige mucho esfuerzo, mucho aguante y mucho sacrificio. Pero el dinero no lo es todo en esta vida. A mí lo que realmente me llena es cuando observo que los estudiantes de mi curso disfrutan en el clase, absorben los conocimientos, se alegran de estar en el colegio. Pero para que eso sea así yo soy la primera que tengo que mostrar ánimo, interés y profesionalidad. Y para que esta satisfacción sea completa es necesario reciprocidad. Para mí lo más emocionante es que transmitiendo valores y conceptos hacemos que nuestros alumnos piensen, sientan, aprendan a vivir y, por qué no también, a soñar. Ellos han de percibir sinceridad, complicidad, confianza, rigidez y cariño. Alguien dijo que para que los alumnos aprendan el profesor debe ser capaz de transmitir sentimientos y hacer pensar. Y estar encima de todos los alumnos sin que ellos sean capaces de percibir que en realidad estás más volcada en aquellos que verdaderamente lo necesitan. Porque todo los estudiantes necesitan ser valorados. En mi colegio intentamos que los estudiantes absorban los conocimientos, que no los aprendan al pie de letra, que preparen bien los exámenes, que comprendan lo que leen y que redacten con cohe-

ANÉCDOTAS DE PROFESORES

rencia. Eso se logra con un ambiente de trabajo armónico y aunque en nuestros cursos hay unos 30 alumnos todos acuden con una actitud muy positiva, algo que ayuda mucho.

El valor del esfuerzo: ¿Adolescentes sin límites?

Aurora (Huelva)

Profesora en un centro público de secundaria. Considera que los jóvenes están asumiendo en las aulas un papel de arrogancia, impensable hace unos años, lo que demuestra de manera evidente que la juventud ha perdido el respeto a la autoridad y a los mayores. Los jóvenes viven en la autocomplacencia y en el hago lo que me da la gana.

Hace unos días estábamos de exámenes. Dos estudiantes bastante conflictivos estaban copiando descaradamente y les retiré el examen invitándoles a abandonar el aula. Copiar en un examen es una falta muy grave. El examen tenía lugar en la última hora lectiva de la semana y los dos muchachos salieron de clase armando un jaleo descomunal, golpeando la cabeza de alguno de sus compañeros y tirando estuches, papeles y libros de las mesas. Me piropearon con frases del tipo «hija de la gran p...», «guarra, eso no quedará así».

El lunes siguiente, al entrar en clase, comenzaron a faltar el respeto a todos. Cuando les pedí por favor que se callaran uno de los jóvenes se levantó y me dijo: «Cabrona, lo vas a pagar. Eres tan desgraciada que hasta un gorila es más feliz que tú. Te esperaré fuera del aula y no olvides que me he tirado a muchas tías más buenas que tú y sé cómo hacerlo para que no lo olvides nunca».

Este tipo de conductas deberían estar tipificadas en el Código Penal porque son amenazas ante las que los profesores nos vemos impotentes para actuar. Los jóvenes son conscientes de que nadie les marca los lími-

tes y que pueden actuar con absoluta libertad. En sus casas nadie les ha enseñado a auto controlarse, y en la escuela es muy difícil hacerlo. Los jóvenes viven para sí mismos, son esclavos de la cultura del placer, la autocomplacencia y carecen del espíritu del esfuerzo. Esta situación ocurre en las escuelas y fuera de ellas. Los ejemplos más claros son la violación de chicas jóvenes, los ataques a compañeros en plena calle, quemar a una mendiga en Barcelona, el robo de vehículos o motocicletas... En todos estos casos el problema radica en que en sus casas nadie les ha dicho que eso no debe hacerse. Esos jóvenes han vivido la cultura de la calle no la cultura de la familia que comporta respeto, educación y sacrificio.

Muchos profesores observamos que este no es un problema sólo de las clases más desfavorecidas, esta situación se produce en todas las clases sociales. A veces, incluso, cuanto más se tiene peor es la situación porque el niño o el joven está más malcriado ya que sus padres le consienten todos los caprichos.

Hay padres que consideran que si se ponen límites a la voluntad de los niños les estás coartando la libertad. Dejar sentar a una persona mayor en un autobús o en el metro nos enriquece como personas pero para muchos jóvenes es una burda idiotéz.

Desgraciadamente muchos jóvenes se educan solos y el único medio que tienen es la televisión. Allí está su verdadera escuela de vida —una vida donde todo resulta fácil de obtener, la impunidad es un valor en alza, la violencia está al orden del día, el sexo se consigue de manera fácil, ¡todas! las familias están desestructuradas, etc.— y no son conscientes porque no tienen a un valedor que les diga que esa escuela les perjudica categóricamente.

¡Ha llegado el momento de enseñar a los jóvenes que vivimos en una sociedad donde todo lo que exija esfuerzo vale la pena! ¡Hay que enseñar a los jóvenes que no por ser menores de edad pueden hacer lo que les venga en gana! ¡Hay que censurar este tipo de acciones! Y esta es una tarea de todos.

Maite (Zaragoza)

Profesora de secundaria en un instituto de la capital maña. Se muestra horrorizada por la deriva a la que nos está conduciendo la violencia en la sociedad. Al igual que

muchos compañeros de profesión, culpa de la situación a la dejadez de los padres y a la violencia cada vez mayor que se observa en los medios de comunicación y en la sociedad, que está creando conductas en los jóvenes violentas y con una ausencia total de culpabilidad. Es partidaria de inculcar la cultura del esfuerzo en los jóvenes para contrarrestar su dejadez.

Participo semanalmente en reuniones con compañeros de la profesión y en asociaciones de padres. Todos constatamos que el aumento de la violencia en los medios de comunicación está haciendo mella en los jóvenes. Muchos están desorientados. El diagnóstico al que hemos llegado es aterrador: los jóvenes viven condicionados por el consumismo y éste genera violencia, situación que ha provocado que en la familia los hijos se vuelvan más violentos. Este es un fenómeno nuevo y muchas series de televisión son responsables de esta situación. Los hijos ven normal, porque así lo ven en la televisión, rebelarse contra los padres, mentirles, engañarles e, incluso, pegarles. No es un tema que se circunscriba a los jóvenes de clases sociales desfavorecidas, afecta también a menores pertenecientes a familias de clase media económicamente estables. Son jóvenes de conciencia laxa, que no manifiestan ningún tipo de responsabilidad ni de culpa. Pertenezco a una asociación de profesores y en las reuniones que mantenemos hemos comentado que los jóvenes actúan así por dejadez; hoy en día a los jóvenes no les cuesta esfuerzo conseguir las cosas y todo lo tienen al alcance de la mano. No tienen el sentido de la responsabilidad y de la exigencia. Es de sentido común que todo lo que se quiere adquirir requiere un mínimo de esfuerzo.

Comparto la opinión del pedagogo Fernando González Luicini quien dice que «el esfuerzo es un valor en crisis... Los jóvenes están perdiendo la capacidad de soñar horizontes que merezcan la pena, inmersos en el materialismo y la mediocridad cultural». Esfuerzo es la palabra mágica. Somos muchos los que nos cuestionamos por qué ha desaparecido el esfuerzo de las aulas y soy consciente de que muchas veces somos los profesores los que tenemos que dar ejemplo.

Nosotros y los padres debemos ser los modelos a seguir. Una ya puede recomendar a sus alumnos que se esfuercen, no vale de nada si luego ven que los docentes no preparan sus clases, tienen desidia al corregir los exámenes o en el centro no hay los recursos mínimos para impartir

clases o hacer deporte. Con esto se demuestra que el esfuerzo debe ser correspondido. Me acojo a lo que decía un significado pedagogo: «Para alcanzar el éxito personal es necesario trabajar con esfuerzo, y para esto se requieren tres principios: enseñar a los jóvenes a alcanzar las cosas por méritos propios enseñándoles en la escuela que el éxito fácil no existe, introducir en el aprendizaje escolar técnicas de enseñanza adecuadas a sus necesidades e involucrar a la familia en la formación de los chicos pero dándoles la formación adecuada para que sepan tratar a los niños y a los adolescentes de acuerdo con su edad».

Si alguien no está debidamente motivado no logrará ningún éxito personal, pero el profesor tampoco logrará sacar ningún rendimiento de ese estudiante. El joven se esforzará si considera que vale la pena hacerlo, si obtiene algo a cambio y ese rendimiento tiene que ser tangible. Premiar el esfuerzo es un buen argumento porque rompe la distancia que nos separa de los adolescentes pero también depende de la inteligencia y la eficacia del docente para trabajar diariamente el esfuerzo de sus alumnos. Si al alumno se le valora, se le atiende, se le corrigen sus tareas, se le marcan objetivos, si el profesor se adapta a su ritmo, si se consigue que desarrolle hábitos de convivencia, si se educa su voluntad o si se comprenden sus necesidades afectivas los logros se harán evidentes. En la teoría es fácil hablar así pero merece la pena intentarlo y ponerlo en práctica. Yo trato de hacerlo pero para eso se necesita el apoyo de todo el claustro de profesores y eso a veces es, también, difícil conseguirlo.

Francesc Torralba (Barcelona)

Padre de familia numerosa, es catedrático de Filosofía de la Universidad Ramon Llull de Barcelona y miembro colaborador del Instituto Borja de Bioética. Ha publicado varios libros entre los que destacan *El arte de saber escuchar*, *¿Otro mundo es posible?*, *Educación después del 11 de septiembre*, o *Padres e hijos*, la aventura de encontrarse hoy. Imparte numerosas conferencias en centros escolares en las que fomenta la cultura del esfuerzo. Considera que los padres son la base de la formación de los hijos y que es su tarea hacerles ver el capital humano que tienen dentro al tiempo que hacerles asumir sus propias responsabilidades. Para este profesor «el resultado del esfuerzo da «felicidad», que no es lo mismo que placer».

El profesor Torralba es una destacada personalidad en el mundo académico y uno de los más firmes defensores de la educación en valores, tan-

to en los centros académicos como en la familia, aunque reconoce que hacerlo en los tiempos actuales es una tarea complicada. Denuncia que la televisión y los medios de comunicación, en general, son un obstáculo para la formación integral de los jóvenes y que con estas armas es difícil construir una personalidad en la que prime el valor del esfuerzo.

Un gran número de jóvenes actuales tienen como referentes estereotipos sociales equivocados y siguen modelos sin principios cuyo fin es sentirse bien a corto plazo, sin complicarse la vida, sin renunciar a ningún tipo de placer y sin esforzarse para lograr los objetivos vitales de cualquier persona a su edad. El profesor Torralba se pregunta: «¿Cómo ejercer entonces una pedagogía del esfuerzo cuando los valores fundamentales para la formación de nuestros hijos son devaluados por aquellos que deberían promoverlos?» La respuesta no es fácil pero para el profesor Torralba «hay que educar a los hijos en una cultura del esfuerzo, lo que yo llamo un impulso continuado a lo largo del tiempo». Para ello se han de superar tres obstáculos: El primero «es el paternalismo, el “ya te lo haré yo” que los padres solemos exclamar cuando nos domina la impaciencia por resolver una situación que es el hijo quien ha de resolver [...] Esta situación es contradictoria porque queremos que se esfuercen, pero les resolvemos los problemas. Vemos que se esfuerzan y no consiguen su objetivo, así que se lo hacemos nosotros».

El segundo de los obstáculos se centra en los iconos mediáticos: «Nuestros hijos siguen los modelos de jóvenes que lo consiguen todo, mientras sus padres son, en muchas ocasiones, unas personas más o menos grises que se matan para pagar una hipoteca. Observan a Fernando Alonso y lo idealizan pero no ven todo el esfuerzo que cuesta llegar a ello. Y es que, culturalmente, los medios muestran la cara luminosa, pero no el Gólgota, el tremendo esfuerzo que hay detrás de ese triunfo».

El tercer obstáculo se centra en la idea de que «todo el mundo puede hacerlo todo si se esfuerza». Eso no es así y todos lo sabemos. Para Torralba hay que hacerle ver a los hijos que «no todo es fácil de lograr pero que tienen sus propias capacidades y eso puede hacer que lleguen a realizarte consiguiendo aquello para lo que están capacitados». Para lograrlos es imprescindible «observar atentamente cuáles son sus potencias y aconsejarles desarrollar aquello para lo que valen».